

## *Escenas de la educación superior en Cuba. Humanidades y fin de siglo.*

*Luisa Campuzano*

Universidad de La Habana / Casa de las Américas

En la pared del fondo del gran salón de recibo de la Casa de las Américas, en La Habana, hay una arpillera que, dejada a medias, constituye una de las más elocuentes representaciones simbólicas de la historia de Iberoamérica. Al centro, un árbol divide el espacio en dos campos. A la izquierda, apenas esbozados, los indígenas: uno un poco más elaborado sería Caupolicán. A la derecha, de cota, morrión y lanza, los conquistadores. Un mosquete se superpone, cancelándola, a una cruz muy trabajada; mientras una guitarra vuela en el aire, libre. Violeta Parra no terminó esta arpillera. La historia, felizmente inconclusa pese a lo que piensa Fukuyama, no termina. Las universidades, bisagras del tiempo, goznes de saberes, articulación de generaciones, son parte importante de la historia, no sólo porque fabrican las “máquinas” de hacerla, y porque la hacen, sino también porque en nuestros países son protagonistas de la historia política e intelectual.

Voy a hablarles de la mía y de mi Facultad en este fin de siglo provisto, como todos, de “una carga simbólica específica”, que se nos presenta -dice Josefina Ludmer- como el “cruce colectivo de una frontera, con un momento anterior que se va dejando atrás, lo viejo, y la entrada en otro posterior, que se abre como lo nuevo” (7); pero no lo haré como especialista en Educación Superior, que nunca lo he sido, ni como autoridad académica, que ya dejé de serlo -confío en que para siempre-, sino como mera docente.

### 1. ESCENAS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN CUBA

Nos recordaba en la discusión de ayer tarde José Luis Martínez, que un modelo de universidad obedecía a un modelo de sociedad, y que esta noción de universidad que oíamos delinear perdonésemela la sinestesia- en algunos de sus perfiles más siniestros-, en la perversión de sus órdenes, es la universidad que responde a la fractura de un modelo social y a la emergencia de otro.

Yo vengo de las antípodas. La universidad de la que voy a hablarles -una universidad *estatal estatal*, para continuar con la clasificación establecida por José Bengoa, y

recordando que la reduplicación es una forma popular del superlativo-, corresponde a otro modelo de sociedad, hoy en crisis, pero en proceso de cambios que no implican la renuncia a preservar lo que ha sido uno de sus mayores logros, el sistema nacional de educación, dentro del cual el subsistema de educación superior es el escalón más alto, pero sólo un escalón. Precisamente por haber invertido tanto en la formación de un capital humano con un reconocido nivel de instrucción, podemos confiar en que los cambios que requiere y promueve la sociedad cubana podrán producirse sin que se quiebre su compromiso con la justicia social.

La Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo de La Habana se fundó en 1728 por los dominicos. Secularizada en 1842, pasó a ser la Real y Literaria Universidad de La Habana, donde en 1863 se creó la Facultad de Filosofía y Letras. En 1871, el gobierno colonial fusiló a ocho estudiantes de Medicina para contener la actividad conspirativa que se desarrollaba en sus aulas en apoyo a la primera guerra de independencia. Paralelamente, un Real Decreto suprimía los ejercicios para la obtención de los grados de Licenciado y Doctor, que a partir de entonces debían realizarse en España; restricción que se eliminó en 1880, pero volvió a establecerse en vísperas de la guerra que terminaría con el dominio peninsular en la Isla.

Instaurada la república, la modernización trató de llegar a la Universidad, pero la dependencia económica de Cuba de los Estados Unidos, hizo vanos los intentos por hacer de ella un centro productor de los técnicos que habrían requerido las empresas norteamericanas, únicas que después de la guerra contaban con capital para invertir en la Isla, ya que éstas no sólo traían de su país los medios financieros, sino también los ingenieros.

A comienzos de los años 20 el influjo de la Reforma de Córdoba junto con el deterioro de la situación nacional tuvieron importantes consecuencias en la vida universitaria, que a partir de entonces estaría profundamente ligada al acontecer político del país. Poco después, la dictadura de Machado halló en los estudiantes a sus mayores adversarios, quienes lideraron la revolución que condujo a su caída en 1933 y posteriormente a producir cambios importantes en la Universidad, entre ellos una primera depuración de profesores. A fines de los años 40 surgieron las universidades de Las Villas y de Oriente, y a comienzos de los 50 dos universidades privadas: una católica norteamericana y una masónica. Los estudiantes volvieron a tener una importantísima participación en la lucha contra la dictadura de Batista y en el triunfo e instalación de la revolución en el poder.

Ingresé en la Universidad en 1962, con la Reforma que convirtió las Cátedras en Departamentos, reunió los Departamentos en Escuelas, hizo Escuelas de las que habían sido por más de un siglo Facultades, llevó a las aulas a renombrados profesores que regresaban al país tras largos años de peregrinar por *colleges* del Norte -Camila Henríquez Ureña, José Antonio Portuondo- o que por militancia política no habían ni intentado presentarse a oposiciones -Juan Marinello, Mirta Aguirre-, y a jóvenes cuya graduación casi



había coincidido con la clausura de la Universidad -Graziella Pogolotti, Roberto Fernández Retamar. Me puso en contacto con gente de mi edad, pero no de mi extracción social, ni de mi color, ni de la capital y que venían a ella porque después de la Campaña de Alfabetización había becas y residencias estudiantiles para los que habían sido alfabetizadores. Y también con condiscípulos mayores, que en su momento no habían podido estudiar y se acogían a las facilidades que les ofrecían sus sindicatos para que se superaran, compañeros, y fueran más útiles a la Revolución... estudiando Lenguas y Literaturas Clásicas, Española, Hispanoamericana y Cubana, Inglesa, Francesa y Rusa- si es que, al fin, aparecía algún profesor con acento posterior a 1917. No pagábamos ni un centavo de matrícula, teníamos un excelente comedor universitario, las bibliotecas estaban llenas de libros nuevos. Desde entonces, cuando La Habana era una fiesta, estoy allá, en la Universidad, de modo que me resulta difícil establecer distancias, hacer de mi vida el tema de una ponencia.

Siendo alumna, mis compañeros pidieron que se abriera una licenciatura en Historia del Arte, que hasta entonces sólo había sido una disciplina impartida como complemento, y de mi promoción surgieron los primeros egresados de esta especialidad, con lo que la joven Escuela de Letras pasó a llamarse al poco tiempo Escuela de Letras y de Arte. Al rato -entonces los cambios eran rápidos- se incorporó a la Escuela la Licenciatura en Bibliotecología y se separaron las Lenguas Modernas, que formaron su propia Escuela. En esa época, las modificaciones más notables no atañían tanto a las disciplinas como a lo extracurricular: participábamos en la defensa del país, en la zafra azucarera o la cosecha de la papa, colaborábamos con la Dirección de Extensión Universitaria dando charlas en campamentos y centros de trabajo o haciendo reseñas para la revista de la Universidad, y participábamos con estudiantes de otras escuelas y facultades en trabajos de campo en toda la Isla: fue entonces cuando oí hablar por primera vez de interdisciplinaridad.

Terminada la carrera, nuestra ceremonia de graduación duró quince días, en los que atravesamos el firme de la Sierra Maestra y la Sierra de Cristal, los dos principales escenarios de la lucha guerrillera del 56 al 58. Me quedé como instructora en la Escuela, que al poco tiempo empezó a sufrir otros cambios.

Dado el acceso masivo a todos los niveles y formas de la educación, la Universidad comenzó a verse asediada por aspirantes a ingresar en ella desde fines de los 60, cuando se produjo lo que se ha conocido como Universalización de la Universidad. Se abrieron cursos vespertino-nocturnos o por encuentros para trabajadores y, consecuentemente, se inició una compleja etapa de elaboración de materiales docentes, antologías y selecciones de textos, manuales, guías de estudio, etc., y se recargó considerablemente el tiempo lectivo de los docentes, por lo que fue necesario incorporar alumnos ayudantes y jóvenes instructores a los que era imprescindible entrenar y supervisar, lo que significaba aún más tiempo de trabajo para los profesores de mayor experiencia.

A mediados de los 70 la matrícula había aumentado de 25 000 estudiantes en el curso 1959-1960, a 84 000 en el curso 1975-1976. Ello explica en parte la creación del Ministerio de Educación Superior, recibida con gran beneplácito por todos los docentes, pero que en poco tiempo les hizo aún más conflictiva su ya bastante atareada existencia.

En primer lugar y de acuerdo con las relaciones cada vez más estrechas entre Cuba y la extinta Unión Soviética, se decidió adoptar sus estructuras académicas, y así la Universidad de La Habana, que se había fundado cerca de dos siglos antes que la de Lomonósov y en su desarrollo había seguido modelos más modernos, tomaba ahora los provenientes de la universidad prusiana. La Escuela de Letras y de Artes se transformó en Facultad de Filología, volvieron las Lenguas modernas y la Información científico-técnica, *née* Bibliotecología, y llegó Periodismo, pero se marchó Historia del Arte, con desgarramientos no sólo sentimentales y teóricos, sino también físicos, pues sus locales habían sido fabricados para albergar todo su gran arsenal de láminas, diapositivas, libros y reproducciones a escala de esculturas, relieves, mosaicos, cerámica, vitrales y pintura. Fue a parar a Historia.

Por otra parte, ante la situación creada por la llegada de grandes cantidades de estudiantes a la Universidad que describíamos anteriormente -y que también dieron lugar al desarrollo de los cursos dirigidos o universidad a distancia-, las autoridades del Ministerio decidieron establecer con la mejor intención regulaciones y normas que en cierta medida podían paliar el desequilibrio ocasionado en todos los órdenes por la masividad, pero que resultaban, cuando no demasiado rígidas, notoriamente mecanicistas y eran, por supuesto, de ineludible cumplimiento. Todo esto, que se recuerda con el nombre de etapa de la Metodología, implicaba desde la elaboración de planes de clase típicos, desarrollados en detalle de acuerdo con nuevos parámetros de lo que debía ser pedagógicamente una conferencia, una clase práctica o un seminario, con la finalidad de que pudieran ser utilizados por los distintos docentes que impartían la misma materia, hasta calendarios de elaboración y entrega de textos, visitas de control a clases e inspecciones -evaluaciones- estatales.

Poco antes de la creación del Ministerio, a inicios de los 70, tras un balance de los planes de estudio y programas de las carreras que se cursaban en más de una universidad, comenzó, con la homologación de los currículos, una tendencia a la igualación, a la desaparición de las diferencias, que por muy bien intencionada, beneficiosa y adaptable a las circunstancias que fuera -como se ha comprobado más recientemente, al haber logrado alcanzar un equilibrio que tiende más a la equidad que a la igualdad-, en sus inicios resultó difícil de aceptar y creó resquemores fundados tanto en un justificado resentimiento por parte de las universidades de provincias contra la de La Habana, que fungía de centro rector, como por parte de ésta, consciente de su relativa excelencia académica.

Grupos de especialistas de las tres universidades iniciaron la elaboración de nue-



vos planes y programas de estudio. A fines de los 70 esta restructuración curricular se expresó en el llamado Plan de Estudios "A", que consagraba la existencia de carreras conformadas por un tronco común en los primeros años, el cual se dividía en los años sucesivos en especialidades y especializaciones. Así la de Letras, que entonces, como recordamos, se llamaba de Filología, tenía tres especialidades: en Letras Hispánicas, en Letras Clásicas y en Lingüística Hispánica, y la especialidad en Letras Hispánicas se subdividía en especializaciones en Literatura Española, Literatura Hispanoamericana y Literatura Cubana.

A partir de entonces, se han mantenido funcionando permanentemente estas comisiones de carreras -integradas también por profesionales de reconocida autoridad en estos campos-, que aunque realizan modificaciones parciales a planes y programas, cada cierto número de años proponen su reformulación. Al Plan "A", vigente de 1977 a 1982, le siguió el Plan "B", que rigió la docencia universitaria de 1983 a 1989 y pese a haber eliminado algunas especialidades y especializaciones, mantuvo el perfil estrecho.

Entre esos momentos traumáticos a que nos hemos referido al hablar de las expectativas despertadas por la creación del Ministerio de Educación Superior y el choque con las estrategias de trabajo con que inició su gestión, el más reciente fue, a fines de los 80 y en el marco de la elaboración de un nuevo plan de estudios, el Plan "C", el del tránsito de esas carreras de perfil estrecho, que además contaban con una buena cantidad de especializaciones, a un diseño de carreras de perfil amplio en las que casi todas estas últimas desaparecían. En Artes y Letras, que gracias a la intervención del Ministerio de Cultura había vuelto a reunirse, pero con el orden de las especialidades cambiado, y a despojarse de las otras especialidades que o habían vuelto a su situación anterior -Lenguas modernas- o se reagruparían bajo una nueva denominación -Comunicación social incluye Periodismo e Información Científico-Técnica-, la lucha por mantener las especialidades y especializaciones duró cerca de un año. La desconfianza que habían generado la Metodología y las Inspecciones, así como la sensación de victoria que embargó al profesorado tras la moderación de la primera y la regulación de las segundas -logradas tras largas reuniones celebradas por el Ministro con casi todos los claustros de los centros de Educación Superior de La Habana-, habían hecho renacer el espíritu que animara al viejo enfrentamiento entre doctores en ciencias y letras *vs.* pedagogos, e introdujo en algunos docentes el síndrome de Luzbel. Pero a la postre, esta lucha, desplegada desde las trincheras de disciplinas y hasta asignaturas que se consideraban sagradas e inmutables, y que estaba perdida de entrada, por razones de poder y de sustentación científica, se evidenció como terca, soberbia, totalmente inútil e irrelevante.

Los Planes de estudio "C", a los cuales se incorporaron estos cambios, vigentes desde 1990, eran mucho más flexibles y adecuados a una realidad internacional epistemológicamente cambiante, en la que se derribaban las barreras entre disciplinas, y

mucho más, los tabiques entre especializaciones; y sobre todo, a una realidad internacional política y económicamente mutante, en la que caían otros muros, se perdían fronteras y sólidos paradigmas se desvanecían en el aire. En la elaboración de estos planes se ha partido de un modelo de egresado que toma en consideración los requerimientos para un ejercicio profesional de contornos amplios, y en general el diseño curricular logra un mayor acople de componentes académicos, laborales e investigativos, tanto en su concepción general, como en los programas de asignaturas, lo que tiende a propiciar un equilibrio entre la adquisición de conocimientos y la formación de habilidades.

Mientras, la matrícula ha descendido notablemente -de 247 718 estudiantes en el curso 1989-90, a 140 815 en el curso 1994-95-, tanto como la población joven cubana, ya que la tasa media de crecimiento anual es muy baja -0,9-, y en esto, como en otros indicadores, la Isla muestra características propias de países del primer mundo, o superiores a ellos, como la participación mayoritaria de las mujeres en la matrícula universitaria -59% en el curso 1995-1996-, y prácticamente igual a la masculina en la composición de los claustros -el 48% del personal docente universitario es femenino.

La disminución de la matrícula ha permitido, por una parte, un trabajo más directo con los estudiantes -el índice de alumnos por docentes ha descendido de 24 en 1959-1960, a 6 en 1995-1996-, el desarrollo de métodos activos de enseñanza y la selección de alumnos de alto rendimiento a los que se les organizan, de acuerdo con sus intereses, planes de estudio especiales.

También, junto con la crisis económica que vive el país, la cual demanda multitud de soluciones para las más diversas carencias, el tener menos estudiantes de pregrado ha contribuido a que los profesores dispongan de mayor tiempo para la investigación y los servicios científicos, que muy estimulados desde fines de los 80, han tenido resultados notables en los 90.

Y por último, ha influido considerablemente en el más fácil desarrollo de la docencia de posgrado. Desde la Reforma de 1962 hasta finales de los 70, se había puesto un énfasis mayor en la formación de pregrado. Sólo a partir de los 80 y, en particular, en la segunda mitad de los 90, el cuarto nivel, que prácticamente no existía en Cuba antes de 1959, ha adquirido gran relevancia. Esto se debe, además de a la progresiva reducción de la matrícula de pregrado, a la ampliación de los perfiles de las carreras y la desaparición de especializaciones en el tercer nivel, que ahora pueden desarrollarse más eficientemente en el cuarto; pero principalmente, a la gran cantidad de profesionales con que cuenta el país -unos 565 000, es decir, el 5,1 % de la población- que precisan, en general, continuar su superación o, en particular, demandan la reorientación que requieren quienes se dedican a sectores nuevos o priorizados por el Estado en su reorganización económica, como son los del turismo, la biotecnología, la industria alimentaria, la minería, y distintas ramas de la esfera económica, entre otros.